



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**
Sección vermouth.
- FERNANDO AMADO**
Un crimen por celos.
- LUIS ESTESO**
...Y vamos tirando.
- LUIS DE OSSA**
La postrera aventura.
- JULIO ROMANO**
El suplente.
- FELIX RECIO**
Recordando el pasado.
- CLEMENTE DE CASTRO**
La disculpa.
- TOVAR**
y **DEMETRIO**
Varios dibujos y retrato de
Mlle. Fine Mascotte.

MLLE. FINE MASCOTTE

Atracción de Romea que es el templo
de las variedades, para que «rabie» Eslava.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Ya estarán satisfechos los que se quejaban de los rigores del verano y todo acongojados pedían a los santos de su devoción que les enviasen algo de fresco. El otoño se nos presenta más revoltoso que una tiple cómica, con ventiscas, chaparrones y como consecuencia desagradables descensos de temperatura, á pesar de que todavía no ha regresado esa heladora mecánica que se llama don Melquiades, el cual témpano de hielo, se halla aún remojando su piquito de latón en los «sidres» astures, pero el día que aparezca por la estación del Norte va á ser cosa de echarse á tiritar.

Las débiles rosas de los brotes tardíos murieron ya, deshojadas por la brutal agresión del viento y la lluvia, sustituyendo su fragancia la monotonía de las fúnebres dalias. Al terso plátano y al jugoso higo molar, les reemplazan la rugosa pera de invierno y la insípida acerola. ¡Terrible ley de la vida que obliga á que el frío haga

secar los higos y arrugue cruel, las antes hechidas peras!

Porque tú, lectora, estarás de perfecto acuerdo conmigo; preferirás el terso plátano de estío á la esmirriada acerola de otoño, porque mientras ésta, como su nombre lo indica, sólo sirve para hacer-ola, que es una ocupación completamente inocente, el plátano sirve para hacer otras cosas mucho más agradables, menos la mermelada para la que no tiene aplicación alguna.

Es lo cierto que con el cambio de temperatura, se han cerrado definitivamente todos los espectáculos al aire libre y por la misma causa también se han cerrado á nuestra contemplación, otros espectáculos que si no estaban por completo al aire, apenas cubrían púdicas gasas y ligerísimas muselinas, pero que permitían darse perfecta cuenta de su belleza y desarrollo. Ahora, en cambio, todo eso se tapa y esconde y no nos queda otro remedio que ó

contentarse con su ponerlo y adivinarlo, ó atacarlo resueltamente para cerciorarnos de su autenticidad y pureza. Comienza, pues, el curso de «parqueo», enseñanza que en modo alguno puede ser teórica, porque se expone el alumno á sufrir infinitos errores, que solo la práctica desvanece, no obstante la interesante clasificación del «Manual del perfecto tocólogo», que acaba de publicarse y que su autor «Pepe Frescales» (¿no será un pseudónimo de don Melquiades?) ha te-



La mamá.—Nada, no le creemos á usted Policarpito, porque es un enredador.

Policarpito.—Si señoras, es un vicio que me domina. Me gusta mucho andar con chismes.

nido la atención de remitirme un ejemplar con expresiva dedicatoria que con toda la efusión de mi pecho le agradezco.

«Las regiones á estudiar por todo buen dactilólogo (arte de analizar con los dedos) se dividen en dos ramas principales —dice el sabio observador— á saber: Anteriores y posteriores

»Las primeras, á su vez se dividen en *crecederas* (de catorce á diecisiete años); *subulentas* (de diecisiete á veinticinco); *pletóricas* (de veinticinco á treinta y cinco); *gelatinosas* (de treinta y cinco á cuarenta); *descendentes* (de cuarenta á cuarenta y cinco) y *pilíferas* (de cuarenta y cinco en adelante)

»Las segundas, ó sean las posteriores, pasan en su especificación la denominación femenina, clasificándose en *marmóreos* (de quince á veinte); *amelocotonados* (de veinte á veinticinco); *periformes* (de veinticinco á treinta); *ondulantes* (de treinta á cuarenta); *absorbentes* (de cuarenta á cuarenta y cinco) y *agudecidos* (de cuarenta y cinco en adelante).

Yo creo un tanto incompleta la clasificación, pero no es cosa de ponerse á discutir ahora la nomenclatura de las regiones sometidas al estudio de los apreciables tocó ogos. Quédese esto para un meditado compendio de bases para un «Congreso de exploradores» que me propongo convocar.

Entretanto este se celebra, agradezcamos á nuestro regocijante alcalde su reciente y atinadísima disposición relativa á los automóviles. No se refiere éste desgraciadamente y como fuera de desear á la regularización de la marcha de estos funestos vehículos. Por ese lado pueden seguir haciendo cuanto les venga en gana volando á la velocidad que á sus conductores les salga de los mismísimos volantes. Va encaminada á reglamentar el uso de las bocinas. El señor Vincenti, quiere que nos aplasten con método y uniformidad, para que los infortunados peatones podamos morir con la tranquilidad de que nos la han tocado en tono agudo, si es bicicleta ó en tono grave si es automóvil. Es esa una medida de buen gobierno que seguramente no sabrán agradecer los descastados vecinos de Madrid, pues seguramente los habrá que en vez de que les lamine un auto previo toque de *bocina* preferirán que sea una *vecina* la que les lamine, haya ó no haya el toque previo exigido por Su Excelencia.

Y á propósito de toque. Hace varios días

que estoy impaciente esperando á ver si me toca una de las odaliscas del disuelto harén del ex-sultán de Turquía, ese desventurado Abdel Amiz, á quien los jóvenes turcos le limpiaron el comedero hace bastante tiempo.

Como andan muy mal de dinero, han aprovechado la oportunidad de no saber qué hacer con las noventa mujeres jóve-



El marido. —Mira, vas á decir á tu primo que no vuelva por casa. Tiene la lengua muy larga.

La esposa. —¡Y tú qué sabes!

nes, las cincuenta y cuatro jamonas en buen uso y las ciento seis francamente inservibles que su ex soberano tenía para su solaz y esparcimiento íntimo, y se les ha ocurrido la idea de vender unas, regalar otras, y someter á un sorteo de lotería el resto. Celosos, como buenos turcos, del cumplimiento de sus deberes de buena administración, las que regalaron son las ciento seis viejas, siendo los «agraciados» los que fueron más significados magnates y servidores de Abdel-Amiz, con el recado cariñoso de que si no aceptaban tan

gra'o recuerdo de la fidelidad guardada á su sultán, les rebanarían la cabeza.

De las jóvenes —según el informe de los corresponsales periodísticos en Constantinopla—, quince han sido vendidas en 17.000 libras turcas entrando en el lote veinte jamonas bastante apetitosas todavía. Entre éstas hay tres ex sultanas auténticas y el resto son simplemente concubinas para pasar el rato.

Las demás mujeres del serrallo, ó sean

LA ANILLISTA DE ROMEA



El primer vio'in. —En cuanto cobre, le compro unas anillas á la Paca.

setenta y cinco nuevas, ó casi nuevas, y treinta y cuatro á medio usar, se someten á un sorteo costando el billete quince francos. ¡Quién por tan módica cantidad no aspira á entrar en posesión de una odalisca de verdad que le baile á uno la danza del vientre en toda su pureza! Yo, tan pronto leí la sensacional noticia, me apresuré á enviar los quince francos á un amigo que reside en Pera, porque así es mucho más fácil que me toque una.

Y aquí me tienen ustedes esperando, que cualquier día de estos tiren del timbre de mi habitación y me entreguen, ora una de las jóvenes ó ya una de las jamonas. Cualquiera que sea, bien venida será; si de las primeras, porque enseñándola sus deberes, pasaré el tiempo tan distraído y si de las segundas porque seguramente que sabrá á la perfección cuáles son sus obligaciones.

La verdad es que el oficio de sultán está muy de capa caída, pues además de este triste ejemplo del de Turquía, ahí tienen ustedes, el de Muley-Affid, hasta hace poco soberano de Marruecos. Porque al hombre le da por ser generoso y repartir dádivas á diestro y siniestro, los desechados santones dicen que está completamente mochales y que le deben recluir en un manicomio.

En Marruecos, como aquí, la gente que monopoliza la santurronería, no se aviene, ni mucho menos, á las prodigalidades de los ricos sino son en su exclusivo provecho y en seguida los declaran ó locos ó infieles.

Porque es lo que ellos dirán al ver que, lejos de entregarles sus monedas de oro y sus piedras preciosas para el culto de las mezquitas, las reparte tranquilamente entre lindas cocottes europeas el simpático Muley:

—¡Nos ha Muley este tío!

Un pequeño REPORTER

Un crimen por celos

La mujer del alcalde de C, pueblecito cercano á este en que yo me hallo recluído por años, achaques y pesares, ha perdido el juicio. Era una apasionada, una ingenua, á quien contrariedades amorosas robaron la razón, cuyo espíritu ha de hacer muy buenas migas en el otro mundo, con el de Juana la Loca, la mujer que tuvo en el derruido torreón de este lugarejo la página más curiosa de su vida.

Durante muchos años, María vivió tranquila y feliz, creyendo que su esposo el veterano Leonardo García Ortega, era el más cariñoso, fiel y circunspecto de los esposos; hombre extraordinario, «tirado á cordel», recto como Castón, casto como José y virtuoso como Santa G noveva de Brabante.

Es cierto que Leonardo recibía durante

las horas crepusculares, visitas silenciosas de señoras que iban á verle con gran recato y misterio por la puertecilla secreta de la alcaldía, y á quienes el alcalde ocultaba en distintas habitaciones para evitar un encuentro. La esposa había visto este alarmante trágica desde el lavadero, en donde pasaba las tardes blanqueando montones de ropa sucia, pero jamás sospechó que en ello hubiera resquicio de pecado.

El marido había dicho:

—En estos asuntos de política interior, las mujeres no deben intervenir. Hazte cuenta que no oyes, ni ves, ni entiendes... Ten presente que la menor indiscreción por tu parte puede comprometerme.

Y la mujer, en efecto, fiel á las órdenes recibidas, ni veía, ni oía, ni quería entender aquello tan evidente que por los ojos se le entraba.

Hasta que llegó el momento en que la luz se hizo, testimoniando el adulterio.

Una tarde María se acordó de que el burro no había comido, y entró en la cuadra. Allí, sentados encima de un montón de paja, estaban el alcalde y una moza muy guapa que había venido al cortijo para ayudar á las faenas de la vendimia. La brusca aparición de la anciana, produjo su efecto: Leonardo García Ortega se quedó pálido; ella, roja... María saludó con aire distraído y se acercó al pesebre, disimulando sus impresiones bajo ese aspecto cauzorro característico de las gertes campesinas. Aunque tarde, todo lo había comprendido de una sola ojeada, viendo á Joaquina con los cabellos salpicados de briznas de paja, y *al amo* separándose de ella, fingiendo las actitudes del hombre cansado que quiere sentarse mejor...

Desde aquel día María empezó á espiar los pasos de su marido, siguiéndole cuando salía de noche y atisbando lo que ocurría en las habitaciones cerradas.

Y entonces supo los graves asuntos de política interior que se ventilaban en aquellas misteriosas entrevistas: el alcalde tenía queridas.

Luego supo algo peor...

Supo, de modo que no daba lugar á duda, que Leonardo no la quería, que amaba á otra, á Joaquina, la criada... Y la pobre María, que todo lo hubiese soportado, que habría sido capaz de grandes sacrificios con tal de que lo que perdiera ella lo ganase su idolatrado marido en felicidad, se rebeló contra aquella pasión extemporánea, casi senil, que en el crepúsculo de

su vida parecía ir á separarla del hombre que tanto amó.

Y entonces fué cuando brotó en el espíritu de la pobre anciana, la idea del crimen, brillante y tentadora.

Una tarde María cogió una talega en que solía guardar semillas y hojas de plantas medicinales, y la llenó de arena, convirtiéndola así en una especie de maza formidable.

Luego se dirigió á la cuadra en donde



La señora.—¡Infáme! ¡Sinvergüenzal!

El.—Mujer si la estoy diciendo que cuando le vuelva á hacer esto el panadero la despido de casa.

tenía seguridad de sorprender á los dos culpables, y no se equivocó: allí estaban...

Al ver á la anciana, el heroico Leonardo puso pies en polvorosa, dejando solas á las dos mujeres. Entonces María arremetió furiosa contra su enemiga, y sin darle tiempo y antes que ésta pudiera levantarse, descargó sobre ella un mazazo que le hizo rodar privada de conocimiento; después siguió golpeando con salvaje ensañamiento, *zis-zás*, y á cada nuevo golpe la arena contenida en la talega crujía de un modo lúgubre. Joaquina yacía inerte sobre la paja, con el cráneo ensangrentado; el burro como teniendo conciencia de tal crueldad, contemplaba la escena con sus grandes ojos inmóviles.

Pocos días después la pobre moza murió á consecuencia de las heridas recibidas; pero el médico era cuñado del alcalde y entre ambos arreglaron el asunto tan há-

bilmente, que la trágica noticia del crimen no trascendió... hasta ahora, en que la locura de María, que se halla encerrada en el manicomio de B. lo ha descubierto todo.

Los remordimientos y los celos han dado al traste con la razón de la anciana. Todos los ruidos producen en ella una excitación horrible, especialmente el ruido de la lluvia, que la recuerda el de los granos de arena cayendo dentro del saco...

María refirió su hazaña durante el rapto de locura que provocó en ella el murmullo de una fuente. Los días de tempestad, los loqueros tienen orden de vestirla la camisa de fuerza.

Fernando AMADO

Maqueda, 17 de Septiembre.



—¡No sean ustedes maliciosos! Estoy escribiendo en la arena.

...Y VAMOS TIRANDO

De tal manera me gusta vivir en un justo medio, y de tal modo me inflaman la sangre á mí los extremos, que huyo, como de un poeta, de los callos y los cuernos.

Luis ESTESO

La postrera aventura

Ha muerto en una ciudad de Italia el rico aventurero Aristides Scappo, último descendiente de una antigua y muy ilustre familia veneciana.

Aristides fué un Masolino de corazones, y como á éste, el sentimiento de la venganza inspiraba sus actos. Para vengarse de un ruso que le arrebató la Copa de Oro en las carreras de Longchamps, le quitó su mujer; y por igual motivo se fugó con la hermana de cierto *gentleman* que le había ganado patinando con patines de ruedas...

Aunque manirroto como un estudiante, Scappo no pudo arruinarse antes de morir; mucho gastaba, pero mucho también le redituaban las fábricas y fincas que heredó de sus padres y luego de su esposa, y al fin, reconociéndose ya viejo, comprendió que antes que el dinero se le acabaría la vida. Scappo habitaba un palacio, sito en los alrededores de la ciudad, cerca de un río, y sin otra sociedad que la de varios antiguos servidores. No reconociéndose capaz de «correr la tuma» como en mejores tiempos, el anciano noble sentía brotar de su espíritu inesperadas propensiones hacia la vida bucólica: los campos le seducían y madrugaba con el sol, yéndose á pasear bejo los árboles donde los pejarillos se enamoraban cantando: las tardes lluviosas del invierno las distraía sentado delante de la chimenea, jugando al ajedrez con un lacayo que había servido á las órdenes de Garibaldi. Y hay quien añade que por las noches Aristides Scappo, como los reyes viejos de Oriente, dejaba que una muchacha le calentase los pies...

Sucedió, al cabo, lo que fatalmente había de suceder. Un día el amojamado calavera quiso levantarse y no pudo: el reuma le sujetaba las piernas, en torno suyo el ingrato corazón latía difícilmente... Viéndose suspendido sobre los negros linderos de la nada, Scappo recordó algunos capítulos de su abominable historia y tuvo miedo de sí mismo; entonces le acometieron deseos vivísimos de borrar lo escrito, de enmendar lo hecho.

¿Cómo?

Scappo no pudo hacer memoria porque ya no recordaba los nombres (y menos el obscuro paradero) de aquéllas á quienes había jurado amar eternamente; y sintiéndose desfallecer por momentos, ordenó le trajesen un cura á toda prisa.

Mientras el sacerdote llegaba, Arístides debía de tener consigo mismo estos ó parecidos razonamientos:

—«Si yo, por ejemplo, he cometido veinte acciones punibles y á las personas agraviadas no puedo resacirlas del daño que las hice por ignorar su paradero, Dios sabrá perdonarme si por aquellos veinte pecados hago, antes de morirme, veinte acciones buenas».

¡Aquí de las excelsas matemáticas!...

Cuando el cura penetró en la habitación del agonizante, éste, luego de confesarse y de comulgar devotamente, declaró que quería casarse.

—¿Con quién? —preguntó el clérigo.

—Con cualquiera.

—¿Cómo!..

—Sí, con Luisa, con Elena, con Celia... me es igual.

Y citaba nombres de pecadoras, conocidas íntimamente por todo el mundo. El cura estaba perplejo, creyendo que Arístides deiraba.

—No, no deliro —exclamó Scappo—, sino que estoy en mi cabal juicio: por eso quiero casarme, para hacer con esta mujer la buena acción que no hice con otras. Este matrimonio, pues, viene á ser un castigo, una expiación, el saldo de una vieja deuda...

El casamiento *in extremis* se verificó y ante notario Arístides declaró que nombraba á su legítima esposa, Celia Dotti, heredera de la mitad de los bienes.

Terminada la triste ceremonia, sobrevino un síncope del cual todos creyeron que el anciano no despertaría; pero la Naturalidad reaccionó y Scappo volvió á hallarse en posesión de sus facultades mentales. Recordó otros episodios de su vida aventurera y vagabunda; los amores fecundos, aquéllos que dejaron rastro...

El cura, que estaba inclinado sobre él, le oyó murmurar:

—Los hijos... ¡Ah... los hijos!...

—¿Qué hijos?

—Los míos.

—¿Dónde están?..

—No sé; alguna vez lo supe... pero, ya... no me acuerdo...

Y se encogía de hombros.

—¿Tiene usted muchos?

—¡Pschl... ¡Tampoco lo sé!...

Después, á ruego del moribundo, el sacerdote trajo del Hospicio cinco niños, de quienes Scappo se declaró padre y entre los cuales repartió equitativamente el resto de su hacienda.

—¡Acaso — pensaría tal vez Arístides — alguno de éstos será mío!...

Al día siguiente el cadáver de Scappo recibió cristiana sepultura; una multitud curiosa se agolpaba al paso del fúnebre



—Me parece que el doctor es algo torpe. Poniéndome el termómetro aquí, casi siempre creará que tengo calentura.

cortejo. Sobre el ataúd había dos coronas. Una decía:

«A nuestro inolvidable padre».

Y la otra:

«A mi esposo».

Tras el coche mortuario iban la cortesana Celia Dotti y los cinco hospicianos vestidos de luto...

Luis de OSSA

París, 14 Septiembre.

El suplente Nemesio gozaba en su pueblo de gran predicamento. Pasaba entre los suyos por hombre inteligente y mundano; tanto que el pueblo en reconocimiento á sus méritos acordó nombrarle alcalde suplente. Este cargo que llenaba las aspiraciones

LAS BATALLAS DEL AMOR



Efectos de una granada rímpedora, en el estado mayor.

políticas de su vida vino á cogerle al octavo año de estar unido legalmente con Sinforosa, mujer zafia y deslenguada, que lo mismo levantaba en vilo un cenacho con cien kilos de uvas, que posaba sus manos ásperas y fuertes sobre cualquier insolente que en la época de la recolección, y ante las carnes de matrona de esta mujer sentía desec prurifinosos de lujuria y se permitía algún inocente contacto.

Cuando Nemesio recibió la nueva de su cargo dijo con tono sereno y seco á su mujer:

—Sinforosa; prepárame el mejor traje, que tengo que ir á Madrid.

—¿A Madrid? —díjole alarmada y disponiéndose á largarle una de sus frecuentes diatribas.

—Sí —continuó él interrumpiéndola— me llama el ministro.

Esta frase cortó el diálogo con rapidez. La lógica de la mujer del suplente no concebía que se pudiera faltar á su mandato ministerial. Refunfuñó largo rato. Pocos días después Nemesio llegaba á la corte.

Nemesio tenía un programa escogido. Lo de la llamada ministerial era un fábula. Ya hacía tiempo que él urdía una trama para poder escaparse á la corte y correr una juerga.

El miedo que tenía á su mujer le impidió poner en práctica sus deseos. Por fin aprovechando aquella coyuntura vino á Madrid.

El sabía que no se puede viajar sin blan-

LAS BATALLAS DEL AMOR



Soldado transeunte.

ca y sin camisas limpias, dos cosas que recomendó nuestro señor don Quijote; así es que cogió sus ahorros y sus mejores galas y ya dispuesto y con aires de conquistador llegó á la invicta villa del oso y del madroño.

¡Ah, Madrid! El no lo conocía más que por los periódicos, así es que á pesar de todo sentía un temor que no atrevía á explicar. Su mujer al despedirse se lo había dicho:

—Ten cuidado Nemesio que en Madrid hay mucho vicio y mucha maldad.

Alojóse nuestro hombre en una casa de huéspedes situada en la plaza de la Paja.

Aguijoneado por la curiosidad apenas descansó breves momentos en su cuarto se lanzó á la calle dispuesto á correr las más sabrosas aventuras.

Era ya anochecido. La hora de los enamoramientos, cuando discurren las parejas solitarias por los paseos y cuando las mujeres galantes se lanzan á la calle á ofrecer su mercancía á los mortales afortunados.

Nemesio anduvo al azar. Pasó por la puerta del Sol y la Carrera donde quedó maravillado.

¡Dios mío! ¡Cuánta mujer! ¡Cuánta hermosura! ¡Qué trajes y qué caras! ¡Y qué olores!

Siguió andando. Al doblar una esquina una bocanada de perfumes excitó el apetito sensual de nuestro hombre.

Volvió la cabeza. ¡Santo cielo! ¡Aquello no era una mujer! Aquello era uno de esos ángeles ó demonios de que hablaba en su pueblo el párraco don Serafín.

¡Y qué miradas le lanzaba! Quedó estupefacto, cuando vio que ella, diligente y atrevida se acercaba á él:

—¿Vienes, rico? —le dijo sonriente—. Y dándole unos suaves golpecitos le hizo en pocas palabras el programa de una noche de amor.

La calle estaba desierta. Solo un individuo estaba junto á una farola del alumbrado mirando hacia unos balcones.

—¡Anda!... —insistió ella—. Un chico

pasó junto á ellos lanzando al aire el pregon de los periódicos:

—«¡La cabeza de Jalón! ¡Nuevas declaraciones de María Luisa!»

Esto aterró al provinciano. Además, el individuo aquel que daba pequeños paseos en la calle, debía estar allí con algún objeto.

Pudo escaparse de las manos de la taimada y llegó á la fonda dispuesto á acostarse haciéndose algunas reflexiones.

—De día será mejor, se dijo.

Y como ya era avanzada la noche se dispuso á dormir.

Pero, una piensa el bayo, y otra el que

LAS BATALLAS DEL AMOR



En plena razzia.

lo ensilla. La habitación contigua había sido ocupada aquella misma noche por una pareja al parecer de recién casados.

Para mortificación de nuestro hombre su cuarto estaba separado por un delgado tabique por el de la pareja.

No había pegado los ojos cuando oyó unos quejidos desmañados y suaves.

—¿Qué era aquello? Se incorporó en la cama. A su oído llegaron frases entrecortadas. Alguien lloraba. Pegó el oído al tabique y oyó:

—No me hagas sufrir más, Antonio. Mátame ya de una vez.

Después suspiros y frases que no apercibía. ¡Ah, no cabía duda! Allí se cometía un crimen horrendo. Lleno de pánico, siguió petrificado escuchando.

LAS BATALLAS DEL AMOR



El botiquín de campaña.

Continuará.

—No, por Dios, ¡no me hagas eso!

Mira cuenta sangre...

Aquella frase era definitiva. Después los quejidos continuaron. Hubo un momento en que él creyó oír el crujir de huesos, y el jadear constante de la víctima.

—¿Tendría vida todavía? ¡Señor, y qué conflicto! Por la mente de Nemesio pasó una *nube negra* y sacando fuerzas de flaqueza buscó bajo la almohada un viejo pistolón que él tenía.

Nemesio se armó. Había que evitar aquello. ¿Se habría marchado el criminal dejando allí los despojos? Volvió á aplicar el oído. Todavía escuchó frases; pero más apagadas y lentas.

—¡Nene; me has matado! Y después una voz imperiosa y dura; dijo: ¡Vuélvetel...

No oyó más. Apretó el gatillo y disparó todos los tiros.

Un silencio profundo siguió á las detonaciones. Después ruido de gente que corre de un lado para otro. Nemesio estaba sturdido. Creíase víctima de un sueño. Extático quedó en mitad de la habitación en ropas menores con el pistolón humeante en la mano.

Llamaron á la puerta. Abrió nuestro

hombre. El Comisario del distrito y una pareja de guardias apareció en el dintel.

—¡Desarmen ustedes á ese individuo!— dijo el Comisario á los agentes. Nemesio aterrado no pudo articular una palabra. Atado codo con codo fué conducido á la Comisaría.

Allí pudo despejarse la incógnita.

¶

Pocos días después él contaba en su pueblo la curiosa aventura poniéndole la siguiente apostilla á su discurso:

¡Cuántos crímenes de estos se cometen en las capitales!...

Julio ROMANO

Leed en EL LIBRO POPULAR
EL SACRIFICIO DE UN INGENUO

novela completa por

G. MORENAS DE TEJADA

20 céntimos

RECORDANDO EL PASADO

Para ella...

Rogelio y Teresa, hastiados de la serie interminable de diversiones que ha constituido su viaje de boda durante el verano, deciden pasar la velada en su linda casita de novios.

Cómodamente, instalados cerca de la chimenea, donde arde un buen fuego, y ante un velador sobre el cual se ve una lámpara con pantalla rosa, disfrutan esa dulce impresión de bienestar que proporciona el silencio y el reposo á los nervios excitados.

ROGELIO.—¡Es delicioso quedarse una noche en casa, de vez en cuando!

TERESA.—¡Y tú que quieres estar siempre en la calle... Sí, es encantador pasar así la velada. Cenar apresuradamente y vestirse luego á la carrera para ir al teatro ó al baile, me parece estúpido. ¡Yo estoy muy á gusto!... Tengo un buen fuego, un buen libro.

R.—Y un buen marido.

T.—Sólo le pido que sea formal y continúe tranquilo. (*Cogiendo del velador un libro y una plegadera.*) Vamos á leer. ¿No es eso lo mejor?

R.—No encuentro qué leer. (*Hojeando el libro.*) ¿Cómo se llama esa blusa de muselina de seda que llevas esta noche?

T.—Una «perezosa».

R.—¡Ah! —No te había visto nunca ponerte esa perezosa... Es encantadora y tiene un color!... Un pintor descubriría en ella toda una gama de tonos... Luego, tu carne de luminosa transparencia, tras de la cual se adivina la complicada red azul de las venas... ¡le presta un reflejo!...

T.—(*Suspirando hipócritamente*) ¡Estás buenol ¡Y yo que me prometía una noche tranquila!

R.—Pero...

T.—Sí, sí; ¿te imaginas que no comprendo? En tus ojos se adivina el motivo de tus zalamerías...

R.—¿Qué ves en mis ojos?

T.—Soledad, nuestra buena amiga, me decía antes de casarnos: «Cuando los hombres nos miran de cierta manera se conoce en seguida en sus ojos la mirada del goloso cuando contempla un pastel. Nuestra epidermis es para ellos una golosina».

R.—¡Ah! Entonces, mis ojos esta noche...

T.—Son golosos. (*Al ver que Rogelio acerca á ella su butaca.*) En cuanto empieces á perder la seriedad, me voy.

R.—Yo no hago sino aproximarme, para hablar con más comodidad. ¡Eso no es peligroso!

T.—(*Retirándose un poco.*) ¡Te prohíbo asediarme!



—Desde que aprendí á montar á caballo, no puedo estar sin algo entre las piernas.

R.—(*Acercándose más.*) ¡Déjame solamente darte un beso en la oreja!

T.—¿Por qué ese capricho?

R.—Adoro besar las orejas. La tuya es preciosa. ¡Un amor en forma de conchal



—¿Qué haces con esa manzana en la mano?

—Voy á bailar con mi marido la «Danza á través de las edades» que he visto en Eslava. Quiero ver la cara que pone cuando se la esté mordiéndolo.

T.—(Incomodándose al sentir el cosquilleo que le produce el beso.) ¿Eso tal vez te recuerda algo?

R.—¡A mí!... ¡Nada, absolutamente nada!

T.—¿Me crees sin duda tonta? ¡Como si yo no supiera que antes de casarse todos los hombres conocen muchas mujeres!

R.—¡Mujeres! ¿Qué mujeres?

T.—Horizontales... tal vez mujeres honradas...

R.—Si son honradas...

T.—¡Yo me entiendo! Quiero decir mujeres casadas.

R.—Admitiendo que sea cierto lo que dices, esa conversación es inoportuna por completo.

T.—Es absurdo que no quieras ser franco conmigo. Anda, cuéntame tus aventuras. Eso me entretendrá. Debes haber sido muy afortunado en amores ¿verdad? ¿Qué clase de mujeres fueron tus queridas: horizontales ó casadas?

R.—(Con fatuidad.) Las tuve de todas clases.

T.—(Disimulando su malhumor.) ¡Ah!... ¡Pero el adulterio es muy grave! ¿Cuántas has tenido?

R.—Comprenderás que no he llevado la cuenta.

T.—En fin, ¿poco más ó menos?

R.—No sé... veinticinco ó treinta... próximamente.

T.—(Estupefacta.) ¡Treinta (Mirándole con terrible ira que no se adivina) Conservarás muchos recuerdos.

R.—Una vez pasada la aventura, se olvida.

T.—Sin embargo, algo recordarás. ¿Cuál fué la primera? Esa aventura...

R.—Una camarera. Los amigos me comprometieron. Visitamos una porción de tabernas y me achispé. Esto es lo que recuerdo.

T.—¿Entonces sin estar enamorado, es posible?... ¿Como las bestias? ¡Ah, es enorme eso! ¿Cuando se piensa que todos sois iguales, da asco!...

R.—Si te indignas me callo.

T.—De ninguna manera. ¡Esta conversación me intercala! Quiero instruirme. ¿Y después? La segunda, la tercera... (Rogelio hace un gesto.) ¿No te acuerdas? Comprendo, entre tantas... Pero entre esas treinta habrá algunas á las que hayas amado.

R.—Tres nada más.

T.—(Poniéndose nerviosa.) ¡Tres! ¿Has amado seriamente á tres?

R.—Sobre todas.

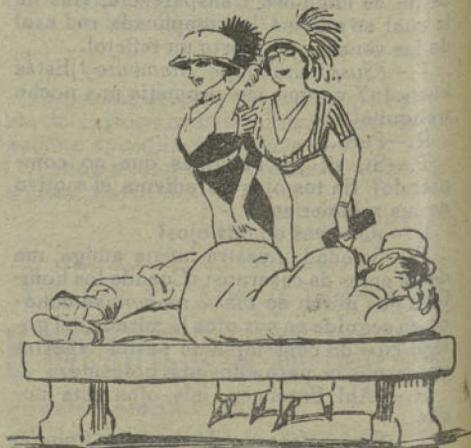
T.—¿Sobre todas? ¡Es delicioso!... ¿Y se llamaban?

R.—(Continuando satisfecho sin ver la tempestad que amenaza descargar sobre su cabeza.) Una se llamaba Elvira y era casada.

T.—¿Y las otras dos?

R.—Eran dos mujeres de mundo.

T.—¿Las conozco yo?



—Oye, pues es verdad el refrán ese de la cama dura...



Elvira Ferrero
que ha debutado con
gran éxito en el Tea-
tro Romea.

R.—(Ducando.) No.

T.—(Que ha notado su vacilación.) Supongo que no tendrás la desfachatez de presentarme á ellas.

R.—Te pones nerviosa y concluyo la confidencia.

T.—Has dicho demasiado para callar ahora. ¿Quiénes eran?

R.—Una de ellas era extranjera y mujer de un diplomático. Respecto á la gran pasión, como tú dices... la dama en cuestión ha muerto el año pasado.

T.—(Con incredulidad.) ¿De veras? Admitámoslo, sin embargo. Tal vez sin su muerte no serías mi marido. (Rogelio calla) ¿La has amado mucho? Confésalo, ¿que te importa? Confésalo.

R.—(Inconscientemente.) ¿Por qué no?

T.—¿Quizá más que á mí?

R.—No es conveniente comparar, chiquilla mía.

R.—(Muy indignada.) ¿Qué haces tú sino eso? Cuando me acaricias piensas en ellas. Yo no soy para ti sino un capricho más. Vas á decirme, seguramente, que me amas con el corazón, con la inteligencia, con tu alma. ¡Mentira! ¡No hay un centímetro cuadrado de tu cuerpo que no conserve el recuerdo de una caricia, ni un solo de tus pensamientos que no pertenezca á alguna de estas treinta mujeres!

R.—(Estupefacto y queriendo calmarla.) Escucha...

T.—(Levantándose.) ¡Cállate! ¡Y pensar que nosotras aportamos al matrimonio un pasado intacto, inmaculado, para entregarlo á un hombre cubierto de cieno! En este momento quisiera haber hecho tanto como tú para reirme de ti.

R.—¿Qué dices? ¿Estás loca?

T.—¡Estoy rabiosa de no hallarme á tu nivel! (Se dirige desesperada hacia su alcoba. Rogelio trata de detenerla.) ¡No me toques!... ¡Me repugnas!...

R.—¿Pero to vas á ir á tu cuarto?

T.—Sí, y te prohíbo que me sigas. ¡Dormiré sola esta noche! ¡Abrazate á la visión de tus recuerdos! ¡Trepanta! ¡Ja, ja! Tienes para entretenerme un rato, acordándote de sus caprichos amorosos. Yo no quiero volver á recibir un beso tuyo. ¿Le oyes? En cuanto pretendas volver á abrazarme, ¡pido el divorcio! (Y pasando como una tromba por delante de su asombrado marido, enta en su cuarto y cierra la puerta.)

FÉLIX RECIO

MIS MODELOS



El de viudas inconsolables haciéndose la toilette.

La disculpa Mientras fuimos novios, jamás me atreví á confesarle á Pura aquellos amores desdichados que yo tuve y que en más de una ocasión pusieron en mi vida ó



—¡Y luego dicen que nos traen de París! ¡No es mal kilométrico para el viaje el que tiene papá!...

mi libertad. ¡tan terrible era aquella mujer!

Pero una vez casados, y al inventariar íntimamente mis pasadas locuras, descubrí á mi esposa toda la verdad.

En su espíritu inocente y casto produjo aquella revelación, dramática casi, un efecto de terror y de esparto.

—Pero esa mujer, ¿será capaz de matarte cuando sepa que te has casado conmigo!

❖

Todo era de temer tratándose de una loca.

Allá, en los comienzos de mi vida, tropecé con ella en el mundo y ambos creímos realizar el idilio con que se sueña siempre: llegamos á concebir la dulce ilusión de que estábamos «hechos el uno para el otro.»

Yo, confieso que puse de mi parte, todo lo posible para que así fuese; pero ella, en cambio, truncó la felicidad imaginada en dulces deliquios, haciéndome víctima de su carácter despótico, exacerbado por un histerismo brutal.

No eran los celos, precisamente, la causa de nuestras diferencias y disturbios que estribaron siempre en puros detalles de amor propio; había de obedecerla ciegamente y dar cumplimiento á todos sus caprichos que tenían los caracteres terribles de mandatos imperiosos.

Baste decir que en una ocasión antojósele, sin causa justificada, que negara mi saludo á un íntimo y verdadero amigo; y la vez primera que me sorprendió hablando con él, lanzóse sobre mí en plena calle de Alcalá, rompiendo su sombrilla sobre

UNA PROPOSICION



El.—¿Qué sus parecería el que ahora nos fuésemos de expansión á Amaniel ú al Caño gordo, pongo por parajes amenos?

Una.—Que este cuerpo no va sin llevar algo alimenticio.

El.—Pues arreglao. El salchichón es cosa más y vosotras no tardáis ná en hacer una tortilla.

mis espaldas cuando yo discurría tranquilo por la acera acompañado de mi amigo. El escándalo fué mayúsculo y el ridículo para mí, mayor aún que el escándalo.

Otra vez, en una función de moda del teatro Real, tuvo la osadía de presentarse en el palco donde yo estaba, insultando soezmente á la marquesa de T... que me dispensaba el honor de recibirme allí... ¡Qué vergüenza!

Todos estos espectáculos iban acompañados de los correspondientes gritos, arañazos y desgarrones, terminando más de una vez en la Delegación del distrito para llegar después al inevitable juicio de faltas donde las lágrimas eran la defensa suya y donde siempre salía yo condenado en costas, como era natural.

No sé si el miedo mismo á sus atrocidades, fué lo que me hizo continuar ligado á aquella mujer durante muchos años, pero, al cabo, fingí ocupaciones é inventé viajes, que me alejaron de ella por espacio de algún tiempo; y poco á poco, valiéndome de semejantes recursos, conseguí separarme de ella, pero llevando en mi odio, con vibración aterradora, las palabras que siempre me repetía, aun en los momentos de mayor calma:

—«¡Todo te lo perdonaré, menos que te cases con otra!»

De aquí que, al conocer la historia, mi pobre mujercita temblara de aquel modo, viendo mi vida en peligro.

Por mi parte, tampoco yo poseía la suficiente tranquilidad, á pesar de hacer más de tres años que ignoraba, en absoluto, el paradero de mi enemiga.

■

Llegó el verano y con él las exigencias del buen tono, que nos hicieron abandonar Madrid, trasladándonos á una playa del Norte, alojándonos mi mujer y yo en uno de los mejores hoteles.

Casi nunca bajábamos al comedor, ó nos hacíamos servir la comida en nuestro cuarto ó comíamos, cuando nos parecía bien, en la terraza de un restaurant cualquiera como dos enamorados, cosa que éramos en realidad.

Por esta causa, jamás durante los quince primeros días, llegamos á conocer el personal cosmopolita de la fonda, salvo aquellos viajeros que tropezábamos en los pasillos al entrar ó salir de nuestra habitación.

Imagináis seguramente la sorpresa que me esperaba...

Pues bien; no os equivocáis al suponer que aquella fonda había de ser teatro de un encuentro fatal.

Al regresar una noche, después del baile del Casino, mientras encargaba mi mujer á la doncella, no sé qué fruslerías de



Las piernas de la señorita A. G. vistas por delante. (En el próximo número de cuerpo entero)

tocador, tuve la ocurrencia de fijarme en el cuadro donde aparecían los nombres de los huéspedes y... ¡allí, con tipo inglés litografiado en diminuta tarjeta, vi su nombre! ¡El nombre de aquella mujer cuya amenaza aún vibraba aterradora en mis oídos!

Dominé mi emoción cuanto pude y concebí el plan de trasladarme de fonda inmediatamente; pero la hora no era la más oportuna, y esto me hizo aplazar mi decisión hasta la mañana siguiente, aprovechando la noche para inventar un pretexto con que evitar toda sospecha de mi mujercita.

■

Bien temprano era aún, cuando, á mediavestir todavía, llamé al camarero para pedirle la cuenta.

Ante aquellas prisas, el hombre, apoyándose en la balaustrada de la escalera, gritó á los pies del piso bajo:

—¡La cuenta para el señor de...

Mi apellido, por fortuna, ó por desgracia en aquella ocasión, no puede confundirse con ningún otro; y, apenas pronunciado que fué por el camarero, abrióse vio-

lentamente una puerta inmediata, y una mujer medio loca, apareció gritando:

—¿Dónde? ¿Dónde está?...

Por pronto que quise encerrarme, ya me había visto, y abalanzándose al picaporte, entró hasta el centro de la habitación. Mi mujer, con peinador aún, como recién salida del lecho, encontrése sorprendida con aquella brusca aparición; pero su instinto sutil y amoroso le hizo recordar en seguida... La situación no podía ser más difícil.

—¡Ah! ¡Infame!...

—¿Yo?

—¿No está usted casada, señora?

—Yo... sí...

—Luego ¿él es su marido?

—No .. ¡él no! —replicó mi mujer temblorosa y acordándose de la amenaza de aquella fiera—. El es... ¡un amigo de mi marido!...

—¡Deliciosa disculpa que hizo que la cosa no pasara á mayores!

Clemente de CASTRO

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

REVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Aparecerá en breve

HOY

Diario popular de la noche

Director: F. GÓMEZ HIDALGO